

CAPÍTULO XVI

Instalóse Boabdil en el hermoso alcázar de sus padres, y ciñó á sus sienes la preciadísima diadema de Granada. Pero, fiel á su temperamento, en obediencia fatal á leyes fisiológicas y morales incontrastables, antepuso el gozar al combatir. Y no en las estancias del serrallo, donde se reunían sus consejeros, en las estancias del haren, donde se reunían sus mujeres, presentábase con verdadera frecuencia. Su madre, Aixá, la horra, ¡muy anhelante por combatir y gobernar, anhelo no cumplido bajo la dominación de su esposo, dábase á la satisfacción de sus ambiciones con desenfreno y regía el timón que las manos de su hijo abandonaban, como si fuera ella, débil mujer, un estadista y un soldado. La rápida fortuna de Boabdil, explicable tan solo por las alteraciones continuas que traía su profundo malestar á Granada, inspirábale gran confianza en lo porvenir, imaginando que por ha-

ber un pronóstico resultado á la postre cierto, bastaba con pronosticar de nuevo para salir de toda grave dificultad con acierto. Así dejaba que su hijo se perdiera en brazos del placer, mientras ella vivía contenta en los afanes y en los insomnios del gobierno. Boabdil, vuelto en alas de una inconstante fortuna desde su retiro alpujarreño á su palacio granadino, buscó en la victoria, no un trono resplandeciente, un mullido lecho, y gustó más de los brazos de su Moraima que de los alaridos de sus abencerrajes. Un camarín, empapado en todos los colores del iris; una cama blanda y mullida; la esencia voluptuosa exhalada del pebetero damasquinado; el concierto de lasavecillas enjauladas unido á los respuntes del moruno laud; la sonrisa placentera y la mirada encendida de aquella esposa, en quien todos sus amores concentrara, bastábanle para su felicidad y no había menester, ni los cuidados del gobierno, ni los azares del combate. Por su parte Aixá tuviéralo en tal guisa mucho tiempo, holgándose con imperar y dirigir, si accidentes imprevistos no vinieran á turbarla en semejante holgorio y á traerle avisos ciertos de que necesitaba su voluptuoso hijo irse sin tardanza y animoso al combate, si había de conservar en sus sienes la no muy bien lograda corona de sus padres.

Habíanse retirado Zoraya y Hacem á bien alto y bien formidable castillo roquero de las Alpujarras, á fin de hallarse prontos á caer sobre Granada ó

sus arrabales así lo requiriesen aquellos cambios frecuentes de los partidos y aquellas fulguraciones tempestuosas de los pueblos. Hacem amaba el placer como Boabdil; amábalo cual suelen todos los hijos del desierto; idolatraba en verdad á Zoraya, como pudiera idolatrar su primogénito á Moraima; pero la voluptuosidad del amor y del haren estaba reunida en su complexión privilegiada con los impulsos al combate y con los desvelos del gobierno. Así, pocos días pasó en el ocio de su retiro; pues, regida Málaga por su hermano el Zagal, quien desconocía la reciente autoridad de su tierno sobrino Boabdil, y acataba la grande autoridad de su viejo soberano Hacem, fuese con premura este á tal hermoso y fortísimo refugio de su quebrada diadema. Pocos espacios la tierra guarda en su amplio seno tan bellos como la región malagueña; nutrida por los manantiales que fluyen de las nieves eternas, y besada por las espumas multicolores que baten las brisas aromadas de azahar sobre las costas mediterráneas henchidas de luz y de armonía. Por las riberas, encarnadas como si el carmín las tiñese, y ceñidas por aguas tan celestes como si los esmaltes del cielo se hubieran en sus cristales disuelto; sobre colinas de matices violáceas, extiéndense alegres, entre Fuengirola y Velez, higuerales pomposos, ornados por aquellos pámpanos tan tiernos que destilan blanca leche, y ricos en aquellas frutas parecidas á flores, de pellejo ya morado, ya esmeralda, las cuales llevan corona de púrpura,

semi abierta, y gota de miel áurea, que ofrecen regalos múltiples, á gusto, vista y olfato en la sabrosísima y fácil madurez. Por otro punto, sobre los llanos de Cartama, al fluir del Guadalhorce fertilizados, los brazos de las parras cargadas con transparentes racimos apóyanse, ya en los verdinegros olivos abrumados bajo el peso de las gordas aceitunas, ya en los almendros destilando bien olientes gomas y abriendo sus verdes zurroneos para dejar caer al pie de su lustroso tronco aquellos leñosos productos guardadores de tan dulce gallón. Y no hablemos del nopal y sus espinas brillantes, de la pita y sus candelabros aiosos, del girasol y sus circulares flores amarillas, de las adelfas y sus purpurinos ramilletes, de las moreras con hojas tan lustrosas y tan resistentes como la seda que producen. ¡Oh malagueñas cañadas, defendidas por castillejos y atalayas, que los rayos del sol bruñeran á modo de corales; pobladas por muchedumbre de villas felices que cien alquerías circundan; vestidas por arboledas, que los manantiales de la lejana Sierra Nevada riegan; con las huertas de cidros y granados; con los montes bravos, y agrios ceñidos todos de castaños y encinas; con el mar al frente, surcado por las oscuras naves, ostentando sobre sus tablas y entre sus palos y cordajes las blancas velas; con las almenaras, sobre las cuales se cimbreaba la palmera del desierto; con sus cementerios, cubiertos de blancos túmulos, que sombrean los cipreses y engarzan los mirtos; arriba,

Gibralfaro y sus dentadas almenas y sus torres cuadrilongas ó circulares destacándose como diademas de rubíes en los cielos azules; abajo, por un lado la grande Alcazaba, y sus puertas de bronce y sus estancias embutidas de marfil, y sus patios llenos de surtidores; por otro lado las Atarazanas con sus talleres náuticos y sus almacenes interminables; por todas partes, las mezquitas, ocultas entre los follajes de umbrosos jardines, coronadas por sus minaretes, donde los azulejos de metálico resplandor se incrustan, como para romper y rebotar la luz cual facetas múltiples de piedras preciosas, y extender por todas partes la magia y la hechicería del Oriente!

Unid á todo esto las alcaicerías con sus bazares, las alhóndigas con sus depósitos, los baños con sus bóvedas sembradas como de luminosas estrellas, los alcázares con sus pavimentos de mármol y sus artesonados de alerce, las juderías con sus santones y con sus sabios, los arcos finísimos de litúrgica herradura, los puentes guardados por fortísimos y aiosos torreones, los haitás, ó sitios de los clamores, donde convocaba el muecín ó muédano los fieles á las plegarias, las plazoletas apercebidas para las zambras, las fábricas de las manufacturas prodigiosas en cuyos telares se urdían tisúes de oro y sedas, almangías ó trajes de brocados, almocetas de lino, alfamares de terciopelo, el curtidero y tenería que adobaba las pieles y tafiletes de brillo deslumbrador, el horno en que se

cuajaban los transparentes vidrios, las alfarerías en que la incomparable arcilla malagueña tomaba todas las formas imaginables en porosas alcarrazas, en ollas embetunadas con arte grandísimo, en azulejos semejantes á joyeles, en jarrones de graciosa tracería, de asas geométricas, de toques azules parecidos á turquesas, de áureos ó argénteos reflejos, y por último el puerto á que arribaban las orientales embarcaciones para llevarse higos secos, almendras dulcísimas, azucaradas pasas, zumos que surgieren su eñen en el haren y aromas y esencias que embriagan á los voluptuosos hijos del Profeta.

La poesía destilaba inspiraciones en aquel sitio como destila mieles y cera la colmena. Amer cantaba con tal inspiración y en versos tan elegiacos á su amada, que sus canciones se repetían por oasis y aduares, entre beduinos y berberiscos, al son de las guzlas, tanto en los fatigosos viajes como en los placenteros ocios de las errantes caravanas. Las juderías engendraban allí hombres como Chemirol, á quien impugnara Santo Tomás de Aquino. Mahomet I, fué amigo del escritor Said; y Ovada, el gran poeta ilustró la corte de Almanzor. Zafilla, poetisa del siglo undécimo, llenó aquellos aires de suavísimos versos. ¿Pero á qué fatigar estas páginas con el peso de tantos nombres ilustres? Baste decir que los comentadores de libros sacros, no tenían número; que las altas torres ostentaban por las calladas y serenas noches intérpretes numerosos de los

secretos del cielo; que las chimeneas de los alquimistas humeaban por do quier el vapor de las químicas misturas; que los matemáticos enseñaban el cálculo á discípulos innumerables venidos del África, y los naturalistas, las varias particularidades así de las flores del campo como de las aves del aire; que los profetas predicaban al ingreso de las mezquitas; que los músicos con sus varios instrumentos concertaban indecibles armonías; que legiones de peregrinos iban á su seno en pos de la virtud y de la ciencia y legiones de sabios salían de su seno, para explorar el mundo y traer noticias de regiones remotas tras viajes difíciles; que sus escuelas contribuían igualmente á la cultura del Magreb ó África y al esplendor de Andalucía; que su nombre, con fulgores inextinguibles y deslumbrantes brillaba con brillo excepcional en los anales de la inmortal cultura hispano arábica, junto al nombre de Córdoba y de Granada y de Sevilla y de otras imperecederas ciudades. De tal poderoso y rico centro llamaban al Sultán Hacem para que pudiera ejercitar así la fuerza de su brazo como la grande actividad y vigor de su poderosa inteligencia. Maldecido por su mujer Aixá, destrozado por su hijo Boabdil, puesto en fuga por aquellos abencerrajes mil veces conducidos á los combates, errante de castillo en castillo y de breña en breña por los desfiladeros de las ríscosas Alpujarras, cuando parecía conjurarse todo el Universo en daño suyo, aún le quedaba para resarcirse de tan-

tos contratiempos, el valor y la fidelidad incomparables de la bella Málaga.

Bien pronto el terrible desastre conocido con el siniestro nombre de rota de Málaga vino á favorecer al infeliz Hacem, y á mostrar cómo no se consentía ni en las mayores desventuras á sí mismo, punto de reposo. Cualquiera otro, que no hubiera sido él, bien desalentado por la ingratitud manifiesta de su pueblo, bien roto y vencido por los múltiples halagos de su corte y los muchos placeres de su haren hubiérase dado á epicúreo y tranquilo reposo, tanto más cuanto que lo iban pidiendo ya sus fatigas y sus años. Mas Hacem, parte por necesidad imprescindible de movimiento y de pelea, parte por empeño en mostrar á los granadinos cómo cambiaran varón fuerte por mozo afeminado y débil, salía diariamente á las comarcas cristianas en pos de luchas continuas y tornaba sobrecargado de trofeos y despojos á su feliz guarida. Con tales artes taló mil veces los campos inmensos que se dilatan desde las espaldas de Gibralfaro hasta el Peñón de Gibraltar. Una temeridad increíble de los cristianos, prestóle, si no á su persona y á su reinado en las historias, á su prestigio circunstancial de aquellos días, grandísimo renombre. Varios nobles andaluces, adelantados alcaides, maestros, habíanse reunido en Archidona con ánimo de combatir al implacable Hacem, que acababa de arremeter contra Teba y de dismantelar á Cañete. Algareaban de un lado, los moros, y no ha-

bía otro remedio sino que algarearan por su lado los cristianos también. Y como quiera que hubiesen vencido á guarniciones, como la célebre de Alhama, y tomado reductos como los inexpugnables de Archidona, parecían cosa fácil romper á una por tierra de Málaga, llevando talas á sus campos, incendios á sus alquerías, terrores á sus habitantes. Para marqueses como el heroico de Cádiz, para condes como el de Cifuentes, para alcáides como el de Antequera, para adelantados como el de Andalucía, para mesnadas como aquellas precedidas por adalides expertos, acompañadas por acemileros numerosos y compuestas en su mayor parte de almogávares invencibles, no había cosa tan fácil como acometer con impremeditación una terrible algarada sin salida. El maestro de Santiago, aconsejó amenazar á Málaga por el sitio inexplorable para los cristianos en aquella sazón de la Ajarxia, donde les brindaba el suelo feracísimo con abundantes despojos de guerra y de combate. Larga la distancia, fatigoso el camino, enriscada y fragorosisima la sierra, abrumador el fardaje, desproporcionado al número entre la caballería y la infantería, estrechas las cañadas y cruzadísimas de malezas, intrincados los matorrales, inaccesibles por los surcos que ahondaran lluvias recientes las veredas, yermos los campos y desprovistos de la codiciada ganadería, despobladas las habitaciones de donde se habían huído los habitantes ó bien á sitios fortificados ó bien á las cavernas de los bru-

tos, tal expedición solo podía tener un luctuoso desenlace y solo podía contarse de seguro entre las nefastas rotas que de vez en cuando eclipsaban y oscurecían las conquistas cristianas. La intuición y el instinto de los moros alcanzaron bien pronto á comprender la difícil y peligrosa posición de los cristianos.

En efecto, mientras estos se hundían por los barrancos, en cuyas hondonadas iban bullendo las ramblas de madre salidas, por ser mes de turbonadas el mes de Marzo, los moros subían á las alturas como verdaderas águilas; y desde las alturas se aprestaban á lanzar todo cuanto pudieran mover sobre los desapercibidos cristianos. Cataratas de tierra, moles de gigantescos pedruscos, colosales troncos de árbol que mataban, en el ímpetu de su caída, cual rayos fulminantes de las nubes, lluvia espesísima de ponzoñosas saetas, cuanto puede amontonar el coraje de los montañeses erigidos sobre sus riscos en tropel, rodaba fragoroso con estallidos tonantes como de una tempestad infinita sobre las legiones cristianas. Jamás se notó ardor igual en las peleas entre las contrarias jentes de moros y católicos. Vióse á las recatadas mujeres del Islam salir de sus harenes armadas de espingardas y ballestas. Propietario hubo que abrasó los árboles de sus haciendas convirtiendo sus suelos en horno de cal solamente para consumir en el fuego voraz de las improvisadas hogueras á sus odiados enemigos. Tuvo la retaguardia, mandada

por D. Alonso de Aguilar, que retroceder ante los obstáculos promovidos á su paso y replegarse hacia donde se hallaban el marqués de Cádiz y el Maestre de Santiago con las principales mesnadas. El mar enfrente, las inaccesibles colinas humeando á la espalda, el aire cargado con una especie de pedrisco espantoso, las cañadas presa de voraz incendio, el moro ensoberbecido redoblando sus ataques, el mesnadero ignorante de la salida, tanta y tan grave complicación trajo una de las más espantosas y más nefastas catástrofes que recuerdan los anales de nuestra épica historia.

Aturdidos por el estruendo, acosados por el empuje de los contrarios, metióse la hueste nuestra en estrecho valle conocido con el nombre de Peñón, donde no le quedaba recurso alguno por estar su cabeza y sus flancos en poder de los sarracenos, más emperrados en combatir á medida que les halagaba y sonreía con mayores logros la victoria. Diríase nuestro ejército un montón de trigo puesto bajo una rueda de moler, según lo trituraba y convertía en polvo la lluvia de proyectiles desprendida con furor desde las inaccesibles alturas. En tan tremendo trance, acabó por completo el orden de formación, rompiéronse las leyes de la disciplina; las diversas jerarquías se confundieron todas en la catástrofe; no hubo ni voluntad para el mando en los capitanes, ni ánimo para la obediencia en los milites; y aquella legión de audaces guerreros, tan altivos por su prosapia y valor como resplandecien-

tes por sus recuerdos y por su gloria, convirtiéndose á una en manso ganado de resignadísimos borregos, prontos á la inmolación y seguros tan solo de la próxima irremediable matanza. No se podían valer los unos á los otros, entre las sombras de la noche sólo interrumpida por el rojizo reverberar de los incendios, y entre las griterías de los moros acompañadas por el rumor de las flechas saliendo de las ballestas y por los tiros de las tonantes y fragorosas espingardas. Los freires del maestre caían yertos á su alrededor; el caballo montado por el marqués de Cádiz, precipitábase mal herido por las espantables y hondas estrechuras; los pendones ilustrados en cien combates viéronse caídos por las breñas; huyeron los héroes de las guerras, aquellos que jamás quisieran mostrar sus espaldas al enemigo. El pánico se apoderó de todos, y plañíanse los fuertes é invencibles como débiles plañideras alquiladas para llorar en los entierros. Moras completamente solas apresaron pelotones de soldados en armas. Cuando los alarbes corrieron á las pesquisas, encontraron jentes valerosísimas, que locas de dolor, les pedían de hinojos y sollozando la vida. Cuesta de la Matanza, denominóse desde aquel entonces el repecho de tal carnicería. De tanto ejército nada quedo apenas, pues los más murieron, los menos se dispersaron; y una parte considerable cayó cautiva, dando los nobles con sus rescates ocasión al Sultán Hacem para sumar mayores riquezas á las muchas que

había recogido y atesorado en sus continuas algaradas.

Entre tanta desgracia y tanta desolación, sólo un caudillo se mantuviera firme y de pie, teniendo en torno suyo cuantos moros se habían arriesgado á desacatarle y herirle. Y quien así, en medio de aquel desastre, contrastaba el destino y conseguía con su firme voluntad superar á la misma Naturaleza contra los cristianos subvertida, no era otro sino Illán, resuelto, en su pasión por Zoraya, que le había costado toda la felicidad futura de su vida y de su sér, á terrible venganza. Castellano, católico, guerrero, Illán había peleado por su patria, por su religión hasta entonces; pero desde la terrible hora, en que Zoraya le abandonara por un mahometano, uníanse á todos estos móviles de guerra el móvil de su desquite. Suspiraba por subir á las torres de los palacios árabes en alas del combate, y entrando en el camarín, donde se hallara la perjura, decirle todo el mal que le hiciera; y mostrarle cómo, habiendo llegado hasta ella, cuando reina, llegaría á mejor cuando cautiva, resuelto como estaba, desde la jornada nefastísima de Martos, á consagrarse á su defensa. Quería con su voluntad incontrastable, ya que abandonara Isabel de Solís el nombre de sus padres, el sitio de su cuna, el culto de su Dios por un moro, llevarla en cautividad con sus hijos musulmanes al castillo de Martos, á las ruinas de su iglesia, para ver si le aterraban más aquellas piedras, de las cuales no había

borrado el viento y el agua las señales de los incendios y de las matanzas, que su conciencia sin remordimientos. En tal estado y situación de ánimo, bien puede comprenderse, cómo Illán, quizá el único guerrero entre todos, que despreciaba la vida, no había encontrado la muerte. Los enemigos, con ese instinto que la propia conservación despliega de continuo en los supremos trances, diéronse de ojo para no llegar hasta donde se hallaba tan valeroso héroe, y él pudo, cuando ya todo estaba perdido volverse á la triste Antequera salvo y libre, llevándose consigo algunos espedos y heridos, á quienes había salvado con su esfuerzo y fortalecido con su ejemplo. Pero no retrocedió sin jurar, que volvería cien veces á ir donde hallase á Zoraya para realizar el único anhelo que ya le quedaba en la vida, su resuelta venganza.

CAPÍTULO XVII.

Encontrábase Aixá en el aposento cercano al patio de los arrayanes, donde solian los reyes de Granada celebrar sus audiencias, cuando le llega la noticia de lo acaecido en Málaga. Saberla, y nublarse la frente y los ojos de aquella mujer extraordinaria, obra fué de un minuto. Su gran talento comprendió en seguida cuán triste y nefasto resultaba el triunfo de los musulimes á su familia y á su gobierno. Dada la perplejidad completa del pueblo granadino, que sintiendo próxima su muerte, buscaba los más desesperados remedios, como todos cuantos individuos ó colectividades se hallan á sabiendas en la última terrible agonía, cualquier afortunado por el acaso que pudiera presentar una sonrisa de favor en cualquier trance más ó menos sangriento, de la política ó de la guerra, sustituiría fácilmente al desdichado Boabdil, falto de timbres heróicos en su breve historia y de hazañas en su